

El yo y el otro yo.

3 de Febrero de 1954

La resistencia y transferencia. El sentimiento de la presencia. Verwerfung (No igual a) Verdrängung. Mediación y revelación. Las inflexiones de la palabra.

Llegamos la última vez al punto en que nos preguntábamos cuál es la naturaleza de la resistencia.

Percibieron claramente que, en nuestro modo de abordar este fenómeno de la resistencia hay ambigüedad, y no sólo complejidad. Múltiples formulaciones de Freud parecen mostrar que la resistencia emana de lo que ha de ser revelado, es decir de lo reprimido, de lo verdrängt, o incluso de lo unterdrückt (suprimido).

Los primeros traductores tradujeron unterdrückt por sofocado, que es muy impreciso. ¿Acaso verdrängt y unterdrückt significan lo mismo? No entraremos en estos detalles. Lo haremos sólo cuando hayamos empezado a ver cómo se establece en la experiencia la distinción entre estos fenómenos.

Hoy quisiera conducirlos, en los Escritos Técnicos, a uno de esos puntos desde donde se instaura una perspectiva. Lo que está en Juego, más que manejar un vocabulario, es tratar de comprender y, con este fin, es preciso ubicarse en un sitio desde el cual las cosas se ordenen.

Anuncié en la presentación de enfermos del viernes la lectura de un texto significativo; intentaré pues cumplir con mi promesa.

Hay, en el centro mismo de la recopilación de los escritos llamados técnicos, un texto que se llama La dinámica de la transferencia. Como sucede con todos los textos reunidos en esta obra, no podemos decir que la traducción nos satisfaga enteramente. Hay inexactitudes singulares, que bordean los límites de la impropiedad. Algunas son sorprendentes. Todas se orientan en el mismo sentido: limar las aristas del texto. Recomendando encarecidamente a quienes saben alemán que se remitan al texto original. Les señalo la existencia de un corte en la traducción francesa, un punto en la penúltima línea que aparece entonces allí sin que se sepa por qué. Para terminar recordemos que nadie puede ser muerto in absentia o in effigie. La traducción correcta del texto alemán sería: pues hay que recordar que nadie puede ser muerto in absentia o in effigie. Esta frase está articulada con la anterior. Aislada carece de sentido, mientras que en el texto de Freud está perfectamente articulada.

Voy a leer el párrafo del artículo que anuncié. Se enlaza directamente con ese importante pasaje de los Studien que ya evoqué, donde se habla de la resistencia encontrada al aproximarse en sentido radial —como dice Freud— al discurso del sujeto, cuando éste se acerca a la formación profunda que Freud denomina nódulo patógeno.

Estudiemos un complejo patógeno a veces muy aparente y a veces casi imperceptible... Yo traduciría más bien —o bien aparente como síntoma o bien imposible de aprehender, no manifiesto— ya que se trata del modo en que se traduce el complejo, y es de la traducción del complejo de la que decimos si es

aparente o imperceptible. No es lo mismo decir que es el complejo quien es aparente o imperceptible. Hay en la traducción francesa un desplazamiento que basta para producir una vacilación. Continúo: ...desde su manifestación en lo consciente hasta sus raíces en el inconsciente, llegamos enseguida a una región donde la resistencia se hace sentir en forma tan neta que la asociación que entonces surge lleva su marca- la de esta resistencia- y se nos presenta como un compromiso entre las exigencias de esta resistencia y la del trabajo de investigación. No es exactamente la asociación que entonces surge, nächste Einfall, la asociación más cercana, más próxima, pero, en fin, el sentido está conservado. La experiencia- he aquí el punto capital- muestra que es aquí donde surge la transferencia. Cuando algo en los elementos del complejo (en su contenido) es susceptible de vincularse con la persona del médico, la transferencia se produce, proporciona la idea siguiente, y se manifiesta en forma de resistencia, de una detención de las asociaciones por ejemplo. Experiencias semejantes nos enseñan que la idea de transferencia llegó a ser preferida a todas las otras asociaciones factibles de deslizarse hasta lo consciente, justamente porque satisfacía a la resistencia. Esta última parte de la frase está subrayada por Freud. Un hecho de este tipo se reproduce un número incalculable de veces durante un psicoanálisis. Toda vez que nos acercamos al complejo patógeno, es primero la parte del complejo que puede convertirse en transferencia la que es impulsada hacia lo consciente, y aquella que el paciente se empeña en defender con la mayor tenacidad.

Los elementos a destacar en este párrafo son los siguientes.

Primero, llegamos enseguida a una región donde la resistencia se hace sentir en forma neta. Esta resistencia emana del proceso mismo del discurso, de su aproximación, si me permiten la expresión. En segundo lugar, la experiencia muestra que es aquí donde surge la transferencia. En tercer lugar, la transferencia se produce justamente porque satisfacía a la resistencia. En cuarto lugar, un hecho de este tipo se reproduce un número incalculable de veces en el transcurso de un psicoanálisis. Se trata sin duda de un fenómeno perceptible en el análisis. Y esa parte del complejo que se manifestó en forma de transferencia resulta impulsada hacia lo consciente en ese momento. El paciente se empeña en defenderla con la mayor tenacidad.

Aparece aquí una nota que destaca el fenómeno en juego, fenómeno, en efecto, observable a veces con extraordinaria pureza. Esta nota coincide con una observación que emana de otro texto de Freud: Cuando el paciente calla es muy probable que el silenciamiento de su discurso se deba a la aparición de algún pensamiento referido al analista.

Un manejo técnico frecuente, pero que no obstante hemos enseñado a nuestros alumnos a medir, a refrenar, traduce esto en una pregunta tipo: ¿Sin duda tiene usted alguna idea que se relaciona conmigo? A veces, esta solicitud cristaliza los discursos del paciente en algunos comentarios concernientes al aspecto, al rostro, o al mobiliario del analista, o bien al modo en que el analista lo recibió ese día, etc. Este manejo no carece de fundamento. Algo de este orden puede ocupar la mente del paciente en ese momento y, al así focalizar sus asociaciones, pueden obtenerse múltiples cosas. Pero se observa a veces un fenómeno infinitamente más puro.

En ciertos casos, en el momento en que parece dispuesto a formular algo más auténtico, más candente que lo que ha conseguido hasta entonces alcanzar, el sujeto se interrumpe y emite un enunciado que puede ser éste: Súbitamente me doy cuenta de su presencia.

Esto es algo que me ocurrió más de una vez, y que los analistas fácilmente pueden corroborar. Este fenómeno se establece en conexión con la manifestación concreta de la resistencia que interviene en la trama misma de nuestra experiencia en función de la transferencia. Si adquiere un valor selectivo, es porque el sujeto mismo lo siente entonces como un viraje brusco, un giro súbito que le hace pasar de una vertiente a otra del discurso, de un acento a otro de la función de la palabra.

Quise colocarlos de entrada ante este fenómeno bien delimitado, que esclarece nuestro comentario de hoy. Es éste el punto que nos permitirá reanudar nuestros interrogantes.

Antes de seguir este camino, quiero detenerme un momento en el texto de Freud para mostrar, claramente, hasta qué punto les hablo de lo mismo que él. Es necesario que se desprendan, por un instante, de la idea que la resistencia es coherente con esa construcción según la cual el inconsciente está, en un sujeto determinado, en un momento determinado, contenido y, como suele decirse, reprimido. Cualquiera sea la extensión que podamos dar ulteriormente al término resistencia, en su conexión con el conjunto de las defensas, la resistencia es un fenómeno que Freud localiza en la experiencia analítica.

Por ello es importante la breve nota agregada al pasaje que les he leído; Freud pone allí los puntos sobre las íes.

No habría, sin embargo, que concluir una importancia patogénica... es esto lo que les estoy diciendo, no se trata de la idea que nos hacemos a posteriori de lo que ha motivado, en el sentido profundo del término, las etapas del desarrollo del sujeto —...una importancia patogénica del elemento elegido para la resistencia de transferencia. Cuando durante una batalla, los combatientes se disputan encarnizadamente la posesión de una capilla o de una granja, no puede deducirse de ello que la iglesia sea un santuario nacional ni que la granja esconda los tesoros del ejército. Tales lugares pueden tener un valor tan sólo táctico, y servir para esa sola batalla.

El movimiento a través del cual el sujeto se confiesa, aparece un fenómeno que es resistencia. Cuando esta resistencia se vuelve demasiado fuerte, surge la transferencia.

El texto de Freud- es un hecho- no dice fenómeno de transferencia. Si Freud hubiese querido decir aparece un fenómeno de transferencia lo hubiese dicho. El final del artículo prueba que esta diferencia es significativa. La última frase, la que comienza: Reconozcamos que nada es más difícil en análisis que..., se tradujo en francés vencer las resistencias; mientras que el texto alemán dice: die Bezzewingung der Ubertragungspänomene, es decir el forzamiento de los fenómenos de la transferencia. Utilizo este pasaje para mostrarles que

Übertragungspänomene pertenece al vocabulario de Freud. ¿Por qué entonces se lo tradujo por resistencia? Esto es signo de gran comprensión, no de gran cultura.

Lo que Freud escribió es que precisamente surge allí, no el fenómeno mismo de la transferencia, sino un fenómeno que mantiene con ella una relación esencial.

Por lo demás, a lo largo de todo este artículo, se trata de la dinámica de la transferencia. No examino en su conjunto todas las cuestiones allí planteadas, pues ellas conciernen a la especificidad de la transferencia en análisis, en tanto que la transferencia no está allí como en otros sitios, sino que desempeña en él una función muy particular. Les aconsejo leer este artículo. Lo traigo aquí tan sólo como apoyo de nuestro estudio de la resistencia. No obstante —ya lo verán— es el punto pivote de lo que está en juego en la dinámica de la transferencia.

¿Qué puede esto enseñarnos acerca de la naturaleza de la resistencia? Puede permitirnos responder a la pregunta ¿quién habla?, y saber así que significa la reconquista, el nuevo hallazgo del inconsciente.

Planteamos el problema de lo que significan memoria, rememoración, técnica de rememoración, de lo que significa la asociación libre en tanto que nos permite acceder a una formulación de la historia del sujeto. ¿Pero en qué se convierte el sujeto? ¿En el curso de este desarrollo acaso se trata siempre del mismo sujeto?

Heos aquí ante un fenómeno en el que captamos un nudo en este desarrollo, una conexión, una presión originaria o, más bien, y hablando estrictamente, una resistencia. Vemos producirse, en cierto punto de esta resistencia, lo que Freud llama la transferencia, es decir la actualización de la persona del analista. Señalé antes, extrayéndolo de mi experiencia, que el sujeto la experimenta, en el punto más sensible —me parece—, más significativo del fenómeno, como la brusca percepción de algo que no es tan fácil de definir, la presencia.

Es éste un sentimiento que no experimentamos constantemente. Sin duda, estamos influenciados por todo tipo de presencias, y nuestro mundo sólo obtiene su consistencia, su densidad, su estabilidad vivida, en la medida en que, de algún modo, las tenemos en cuenta; pero no nos percatamos de ellas en tanto tales. Se dan cuenta claramente que se trata de un sentimiento que diré tendemos incesantemente a borrar de la vida. No sería fácil vivir si, en todo momento, tuviésemos el sentimiento de la presencia, con todo el misterio que ella entraña. Es un misterio que mantenemos a distancia, y al que, por así decirlo, nos hemos acostumbrado.

Creo que no podríamos detenernos demasiado en este punto. Intentaremos asirlo por otras puntas, ya que Freud nos enseña que el buen método analítico consiste siempre en encontrar una misma relación, una misma conexión, un mismo esquema, que se presenta a la vez en las formas vividas, en los comportamientos, y también en el interior de la relación analítica.

Se trata para nosotros de establecer una perspectiva, una percepción en profundidad, según varios planos. Nociones como el ello y el yo, que ciertas manipulaciones nos han acostumbrado a plantear de manera masiva, quizá no

sean simplemente un par contrastante. Es preciso aquí montar una estereoscopia un poco más compleja.

A quienes asistieron a mi comentario sobre El hombre de los lobos —ahora ya tan lejano, hace ya año y medio— quisiera recordarles algunos puntos particularmente impactantes de este texto.

En el momento en que aborda la cuestión del complejo de castración en su paciente-cuestión que ocupa una función sumamente peculiar en la estructuración de este sujeto-Freud formula el siguiente problema. Cuando, para este sujeto, se halla en juego el temor a la castración aparecen síntomas que se sitúan en el plano que comúnmente llamamos anal, pues son manifestaciones intestinales. Ahora bien, interpretamos todos estos síntomas en el registro de la concepción anal de las relaciones sexuales, y consideramos que testimonian cierta etapa de la teoría sexual infantil. ¿Con qué derecho lo hacemos? ¿La misma entrada en juego de la castración, no implica acaso que el sujeto ha alcanzado un nivel genital de la estructura? ¿Cuál es la explicación de Freud?

Dice Freud: cuando el sujeto había llegado a una primera maduración, o premaduración infantil, y estaba preparado para realizar, aunque sólo fuera parcialmente, una estructuración más específicamente genital de la relación de su padres, rehusó la posición homosexual, que es la suya en esa relación, no realizó la situación edípica, rehusó y rechazó —el término alemán es *verwirf*— todo lo que pertenece al plano de la realización genital. Retornó a su verificación anterior de esa relación afectiva, se replegó tras las posiciones de la teoría anal de la sexualidad.

Ni siquiera se trata de una represión, en el sentido de un elemento que se habría realizado en cierto plano y que sería luego repelido. La represión dice Freud—página 111—es otra cosa: *Eine Verdrängung ist etwas anderes als eine Verwerfung*. En la traducción francesa, llevada a cabo por personas cuya intimidad con Freud habría debido tal vez inspirarlas mejor —pero sin duda no basta haber sido portadora de la reliquia de una personalidad eminente para estar autorizada a convertirse en su guardiana— se traduce: una represión es algo distinto a un juicio que rechaza y elige. ¿Por qué traducir así *Verwerfung*? De acuerdo, es difícil, sin embargo, la lengua francesa...

SR. HYPPOLITE: ¿Rechazo?

Sí, rechazo. También a veces negativa. ¿Por qué introducir súbitamente allí un juicio, en un nivel en el que no hay huella alguna de *Urteil*? Hay *Verwerfung*. Tres páginas más adelante, luego de elaborar las consecuencias de esta estructura, Freud concluye diciendo: *Kein Urteil über seine...* Es la primera vez que *Urteil* aparece en el texto para cerrar un párrafo. Sin embargo, aquí no hay juicio alguno. No se ha emitido juicio alguno acerca de la existencia del problema de la castración; *Aber etwas so*, pero las cosas están ahí, *als ob sic nicht*, como si no existieran.

Esta importante articulación nos indica que, en el origen, para que la represión sea posible, es preciso que exista un más allá de la represión, algo último, ya constituido primitivamente, un primer nódulo de lo reprimido, que no sólo no se

reconoce, sino que, por no formularse, literalmente es como si no existiese; sigo aquí a Freud. Sin embargo, en cierto sentido, se halla en alguna parte puesto que —Freud nos lo dice constantemente— es el centro de atracción que atrae hacia sí todas las represiones ulteriores.

Diré que es la esencia misma del descubrimiento freudiano.

No es necesario recurrir, a fin de cuentas, a una predisposición innata para explicar cómo se produce una represión de tal o cual tipo, histérica u obsesiva. Freud a veces lo admite como marco general de referencia, pero nunca como principio. Lean *Bemerkungen über Neurosen*, el segundo artículo de 1896 sobre las neurosis de defensa. ver nota

Las formas que adquiere la represión son atraídas por este primer nódulo, que Freud atribuye, en esa época, a determinada experiencia a la que llama experiencia originaria del trauma. Retomemos el problema de la significación de la noción de trauma, noción que debió relativizarse; retengan por el momento que el nódulo primitivo está en un nivel distinto al de los avatares de la represión. Constituye su fondo y su soporte.

En la estructura de lo que le ocurre al hombre de los lobos, lo *Verwerfund* de la realización de la experiencia genital es un momento muy especial, que Freud mismo distingue de todos los demás. Cosa singular, lo que se ha excluido de la historia del sujeto, lo que éste es incapaz de decir, necesitó del forzamiento de Freud para hacerse accesible. Sólo entonces, la experiencia repetida del sueño infantil adquirió su sentido, y permitió, no la reviviscencia, sino la reconstrucción directa de la historia del sujeto.

Interrumpo por un momento el tema del Hombre de los lobos para abordar por otra punta el asunto. Tomemos la *Traumdeutung*, el capítulo séptimo, consagrado a los procesos oníricos, *Traumvorgänge*. Freud comienza resumiendo las consecuencias que se desprenden de lo que ha elaborado a lo largo de su libro.

La quinta parte del capítulo comienza con esta magnífica frase: Resulta sumamente difícil proporcionara través de la descripción de una sucesión.— pues Freud vuelve una vez más a todo lo que ya ha explicado sobre el sueño—...la simultaneidad de un proceso complicado, y al mismo tiempo intentar abordar sin prejuicio cada nueva exposición.ver nota

Esta frase subraya bien las dificultades que yo también encuentro aquí al reconsiderar este problema siempre presente en nuestra experiencia, ya que es preciso, de diversas formas, llegar a recrearlo, cada vez, desde un nuevo ángulo. Freud nos explica que hay que volver a hacerse el ingenuo cada vez.

Hay en este capítulo un progreso que nos permite palpar algo verdaderamente singular. Freud enumera todas las objeciones que pueden formularse acerca de la validez del recuerdo del sueño. ¿Qué es el sueño? ¿Es acaso exacta la reconstitución que hace el sujeto? ¿Qué garantías tenemos de que no se mezcle en ella una verbalización ulterior? ¿No es acaso todo sueño algo instantáneo a lo cual la palabra del sujeto confiere una historia? Freud rechaza estas objeciones y muestra que carecen de fundamento. Lo muestra subrayando el hecho singular

de que cuando más incierto es el texto que nos brinda el sujeto, más significativo es. Freud que está escuchando el sueño, esperándolo para revelar su sentido, reconoce justamente lo importante en la duda misma que formula el sujeto ante ciertos fragmentos de su sueño. Debemos estar seguros porque el sujeto duda.

Sin embargo, a medida que avanza el capítulo, el procedimiento se reduce a tal punto que, finalmente, el sueño completamente olvidado, aquel sobre el cual el sujeto nada podría decir sería el sueño más significativo. Es casi exactamente lo que escribe Freud: A menudo se puede volver a encontrar a través del análisis lo que el olvido ha perdido; en toda una serie de casos, al menos, algunos restos permiten volver a encontrar, no el sueño mismo, lo cual es accesorio, sino los pensamientos que están en su base. Algunos restos: es esto justamente lo que les digo, nada más queda del sueño.

¿Qué más le interesa a Freud? Llegamos aquí a los pensamientos que están en su base.

El término pensamiento es difícil de manejar para los que han estudiado psicología. Y, como hemos aprendido psicología, estos pensamientos son para nosotros todo lo que incesantemente ronda nuestra cabeza, tal como ocurre en las personas acostumbradas a pensar...

Pero quizá sobre los pensamientos que están en su base, la Traumdeutung toda nos esclarece suficientemente como para darnos cuenta que ellos no son lo que se cree cuando se estudia la fenomenología del pensamiento, el pensamiento con o sin imágenes, etc. No es lo que corrientemente llamamos el pensamiento, pues se trata siempre de un deseo.

Dios sabe hasta qué punto en el curso de nuestra investigación hemos aprendido a percibir que este deseo circula así como circula la sortija —apareciendo y desapareciendo— en un juego de manos. A fin de cuentas aún no sabemos si lo hemos de situar del lado del inconsciente o del lado de lo consciente. Por otra parte, ¿deseo de quién? y sobre todo, ¿deseo de qué falta?

Freud ilustra, en una breve nota de las Lecciones introductorias al psicoanálisis, con un ejemplo, lo que quiere decir.

Una paciente, escéptica, y a la vez muy interesada en Freud, le cuenta un sueño bastante largo en el curso del cual varias personas le hablan del libro sobre el Witz, elogiándolo. Todo esto no parece aportar nada. Luego cambia de tema, y todo lo que queda del sueño es: canal. Quizás en otro libro figure esa palabra, algo vinculado a canal..., no sabe, no entiende bien.

Sólo queda entonces canal, y no se sabe con qué se relaciona, de dónde viene, o adónde va. Justamente, dice Freud, esto es lo más interesante, porque no es más que un pequeño resto rodeado de un halo de incertidumbre.

¿Cuál es el resultado? Al día siguiente, no el mismo día, la paciente cuenta que se le ocurrió una idea que se relaciona con canal. Se trata precisamente de una agudeza. Una travesía de Dover a Calais, un inglés y un francés. En el curso de la conversación, el inglés cita la conocida frase: De lo sublime a lo ridículo no hay

más que un paso. Y el francés, gentil, responde: Sí, el Paso de Calais, lo cual es especialmente amable hacia el interlocutor. Pero el Paso de Calais es el Canal de la Mancha. Volvemos entonces a encontrar el canal, ¿y al mismo tiempo qué otra cosa? Presten atención, pues esto cumple la misma función que el surgimiento de la presencia en el momento de la resistencia. La enferma, escéptica, discutió antes largamente el mérito de la teoría de Freud sobre la agudeza. Luego de la discusión, en el momento en que su discurso vacila y no sabe ya qué camino tomar, aparece exactamente el mismo fenómeno —la resistencia tiene presentación transferencial— como decía el otro día Mannoni; expresión que me pareció muy acertada pues hablaba como partero.

De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso; éste es el punto donde el sueño se engancha al oyente, pues esto es para Freud.

Así, canal no era gran cosa, pero es indiscutible después de las asociaciones.

Quisiera presentar otros ejemplos.

Dios sabe hasta qué punto Freud es cuidadoso cuando agrupa hechos, y no es casual que en ciertos capítulos se reúnan cosas diferentes. En el sueño, en el momento en que éste asume cierta orientación, ocurren fenómenos que son de orden lingüístico particularmente. El sujeto con toda conciencia comete un error de lenguaje. El sujeto en el sueño sabe que se trata de un error de lenguaje pues aparece allí un personaje para corregirle. En un punto crítico, hay entonces una adaptación que se realiza mal, cuya función se desdobra ante nuestros ojos. Pero dejemos esto de lado por ahora.

Tomemos también —lo elegí un poco al azar esta mañana— ese ejemplo célebre que Freud publicó ya en 1898 en su primer capítulo de la Psicopatología de la vida cotidiana. Freud se refiere, a propósito del olvido de nombres, a la dificultad que, un día en una conversación con un interlocutor en el curso de un viaje, tuvo para recordar el nombre del autor del célebre fresco de la catedral de Orvieto, grandiosa composición que representa los acontecimientos esperados para el fin del mundo y centrada en torno a la aparición del Anticristo. El autor de dicho fresco es Signorelli, y Freud no consigue encontrar su nombre. Otros nombres acuden a su mente —es éste, no es éste— Botticelli, Boltraffio..., no consigue encontrar Signorelli.

Lo consigue finalmente gracias a la aplicación de un procedimiento analítico. Pues este pequeño fenómeno no surge de la nada, está inserto en el texto de una conversación. Iban en ese momento de Ragusa hacia el interior de Dalmacia y se encontraban casi en la frontera del imperio austríaco, en Bosnia Herzegovina. La palabra Bosnia se convierte en pretexto para la narración de varias anécdotas, y lo mismo sucede con Herzegovina. Surgen luego en la conversación algunos comentarios acerca de una tendencia particularmente simpática de la clientela musulmana, que es, desde una cierta perspectiva, primitiva, y que muestra en este punto una extraordinaria decencia. Cuando él médico anuncia una mala noticia, que la enfermedad es incurable —el interlocutor de Freud parece ser un médico que practica en la región— esta gente manifiesta cierto sentimiento de hostilidad hacia él. Enseguida le dicen: Herr, si había algo que hacer seguramente usted habría sido capaz de hacerlo. Están frente a un hecho que es

preciso aceptar, a ello se debe su actitud cortés, controlada, respetuosa hacia el médico a quien llaman, en alemán, Herr. Es éste el telón de fondo sobre el cual parece establecerse la continuación de la conversación, puntuada por el olvido significativo que plantea un problema a Freud.

Freud señala que seguía con agrado la conversación pero que, a partir de cierto momento, su atención se dirigió a otra cosa; mientras hablaba pensaba en otra cosa hacia la cual esta anécdota médica lo conducía.

Por un lado, evocaba el alto valor que confieren los pacientes, en particular los islámicos, a todo lo que se refiere a las funciones sexuales. Un paciente que lo había consultado por trastornos de su potencia sexual le había dicho literalmente: cuando eso ya no es posible la vida no vale la pena ser vivida. Por otra parte, recordó que había recibido, en uno de los sitios que había visitado, la noticia de la muerte de uno de sus pacientes al que había tratado durante mucho tiempo, noticia que no deja de producir —dice Freud—cierta conmoción. No había querido expresar sus ideas respecto a la valorización de los procesos sexuales porque no estaba muy seguro de su interlocutor. Además, adrede no había detenido su pensamiento en el tema de la muerte de dicho enfermo. Pero pensando en todo esto había dejado de prestar atención a lo que estaba diciendo.

Freud presenta en su texto un pequeño esquema muy bonito —consulten la edición de Imago— donde escribe todos los nombres: Botticelli, Boltraffio, Herzegovina, Signorelli, y debajo de ellos los pensamientos reprimidos, el sonido Herr y la pregunta. Lo que ha quedado es el resultado. La palabra Signor fue atraída por el Herr de estos musulmanes tan corteses, Traffio por el hecho de que allí había recibido el shock de la mala noticia relativa a su paciente. Lo que Freud pudo encontrar, en el momento en que su discurso buscaba al autor del fresco de Orvieto, es lo que quedaba disponible, luego que cierta cantidad de elementos radicales fueran atraídos por lo que él denomina lo reprimido; es decir, las ideas en torno a las historias sexuales de los musulmanes, y el tema de la muerte.

¿Qué significa esto? Lo reprimido no estaba tan reprimido; pues si bien Freud no habló de ello a su compañero de viaje, nos lo entrega enseguida en el texto. Pero sucede como si estas palabras —bien puede hablarse de palabras aunque tales vocablos sólo sean partes de palabras, ya que tienen vida de palabras individuales— fuesen la parte del discurso que Freud debía verdaderamente dirigir a su interlocutor. No la ha dicho, aunque haya comenzado a hacerlo. Era eso lo que le interesaba, era eso lo que estaba a punto de decir, pero por no haberlo dicho, a renglón seguido en su conexión con su interlocutor sólo quedaron desechos, pedazos, desprendimientos de esta palabra.

¿No ven ustedes allí hasta qué punto este fenómeno, que se produce a nivel de la realidad, es complementario de lo que sucede a nivel del sueño? Asistimos aquí a la emergencia de una palabra verdadera.

Sabe Dios cuán lejos puede resonar esta palabra verdadera. Qué es lo que está aquí en juego sino lo absoluto de la muerte que está allí presente con la cual Freud nos dice prefirió, y no simplemente a causa de su interlocutor, no enfrentarse demasiado. Dios sabe también que el problema de la muerte es vivido por el médico como un problema de dominio. Ahora bien, en este caso el médico

—Freud— como el otro, perdió, es siempre así como vivimos la pérdida del enfermo, sobre todo cuando lo hemos tratado durante mucho tiempo.

¿Qué es por lo tanto lo que decapita a Signorelli? En efecto, todo se concentra en torno a la primera parte de este nombre, y de su repercusión semántica. En la medida en que Freud no pronuncia la palabra, la que puede revelar el secreto más profundo de su ser, sólo puede quedar enganchado al otro a través de los desprendimientos de esta palabra. No quedan sino los desechos. El fenómeno del olvido es manifestado allí literalmente por la degradación de la palabra en su relación con el otro.

He aquí entonces adonde quería yo llegar a través de estos ejemplos: en la medida en que el reconocimiento del ser no culmina, la palabra fluye enteramente hacia la vertiente a través de la cual se engancha al otro.

No es ajeno a la esencia de la palabra, si se me permite la expresión, engancharse al otro. La palabra es sin duda mediación, mediación entre el sujeto y el otro, e implica la realización del otro en la mediación misma. Un elemento esencial de la realización del otro es que la palabra puede unirnos a él. Es esto sobre todo lo que les he enseñado hasta ahora, ya que es ésta la dimensión en la que nos desplazamos constantemente.

Pero existe otra faceta de la palabra que es revelación.

Revelación, y no expresión: el inconsciente sólo se expresa mediante una deformación, *Entstellung*, distorsión, transposición.

Este último verano escribí *Función y campo de la palabra y del lenguaje* sin emplear allí adrede el término expresión, pues toda la obra de Freud se despliega en el sentido de la revelación, no en el de la expresión. La revelación es el resorte último de lo que buscamos en la experiencia analítica.

La resistencia se produce en el momento en que la palabra de revelación no se dice —como escribe curiosamente Sterba al final de un artículo execrable, pero muy cándido, que centra toda la experiencia analítica en torno al desdoblamiento del ego, una de cuyas mitades debe acudir en nuestra ayuda contra la otra— en el momento en que el sujeto no encuentra ya salida. Se engancha al otro porque lo que es impulsado hacia la palabra no accedió a ella. El advenimiento inconcluso de la palabra, en la medida en que algo puede quizá volverla fundamentalmente imposible, es el punto pivote donde la palabra, en el análisis, fluye por entero hacia su primera vertiente y se reduce a su función de relación con el otro. Si la palabra funciona entonces como mediación es porque no ha culminado como revelación.

El problema consiste siempre en saber a qué nivel se produce el enganche del otro. Hay que ser imbécil—como sólo se puede serlo a través de cierto modo de teorizar, dogmatizar y enrolarse en la técnica analítica— para afirmar, como lo hizo alguien un día, que una de las condiciones previas al tratamiento analítico era ¿qué?: que el sujeto tuviera cierta realización del otro en tanto tal. ¡Por supuesto, pícaro! Pero se trata de saber a qué nivel se ha realizado este otro,

cómo, con qué función y en qué círculo de su subjetividad, a qué distancia está de ese otro.

En el transcurso de la experiencia analítica esta distancia varía incesantemente. ¡Qué estupidez pretender considerarla un cierto estadio del sujeto!

Partiendo de la misma inspiración Piaget habla de la noción egocéntrica del mundo del niño. ¡Como si sobre este tema los adultos pudieran acaso dar clase a los niños! ¡Quisiera saber qué pesa más en la balanza del Señor como aprehensión mejor del otro, la de Piaget, en su posición de profesor y a su edad, o bien la que tiene el niño! Vemos a este niño prodigiosamente abierto hacia todo lo que el adulto le aporta como sentido del mundo. ¿Pensamos alguna vez acaso en lo que significa, en lo que se refiere al sentimiento del otro, esta prodigiosa permeabilidad del niño frente a todo lo que sea mito, leyenda, cuento de hadas, historia, esa facilidad para dejarse invadir por los relatos? ¿Se piensa acaso que esto es compatible con los jueguecitos de cubos mediante los cuales Piaget nos demuestra que el niño accede a un conocimiento copernicano del mundo?

Se trata de saber cómo, en determinado momento, asoma hacia el otro ese sentimiento tan misterioso de la presencia. Quizás está integrado a aquello de lo cual Freud nos habla en la Dinámica de la transferencia, es decir a todas las estructuras previas, no sólo de la vida amorosa del sujeto, sino de su organización del mundo.

Si tuviese que aislar la primera inflexión de la palabra, el momento primero en que toda la realización de la verdad del sujeto se marca en su curva, el nivel primero en el que la captación del otro asume su función, lo haría mediante una fórmula que me dio alguien, aquí presente, a quien controlo. Le pregunté un día: ¿En qué punto está su sujeto respecto a usted esta semana? Me respondió entonces con una expresión que coincide exactamente con lo que intentaba situar en esta inflexión: Me tomó como testigo.

Poco después aparecerá la seducción. Y más adelante aún, el intento de captar al otro en un juego donde la palabra adquiere incluso —la experiencia analítica nos lo ha demostrado— una función más simbólica, una satisfacción instintiva más profunda. Sin tomar en cuenta el término último: desorganización total de la función de la palabra en los fenómenos de transferencia, situación en la que el sujeto —señala Freud— se libera totalmente y consigue hacer exactamente lo que le da la gana.

En resumidas cuentas, ¿no nos conduce esta consideración al punto del que partí en mi trabajo sobre las funciones de la palabra? A saber, a la oposición entre palabra vacía y palabra plena; palabra plena en tanto que realiza la verdad del sujeto, palabra vacía en relación a lo que él tiene que hacer hic et nunc con su analista, situación en la que el sujeto se extravía en las maquinaciones del sistema del lenguaje, en el laberinto de los sistemas de referencia que le ofrece el sistema cultural en el que participa en mayor o menor grado. Una amplia gama de realizaciones de la palabra se despliega entre estos dos extremos.

Esta perspectiva nos conduce exactamente al siguiente punto: la resistencia de la que hablamos proyecta sus resultados sobre el sistema del yo, en tanto el sistema

del yo no puede ni siquiera concebirse sin el sistema —si así puede decirse— del otro. El yo es referencia! al otro. El yo se constituye en relación al otro. Le es correlativo. El nivel en que es vivido el otro sitúa el nivel exacto en el que, literalmente, el yo existe para el sujeto.

En efecto, la resistencia se encarna en el sistema del yo y del otro. Allí es donde surge en tal o cual momento del análisis. Pero parte de otro lado, a saber, de la impotencia del sujeto para llegar hasta el final en el ámbito de la realización de su verdad. Según un modo, más o menos definido sin duda para tal o cual sujeto en función de las fijaciones de su carácter y estructura, el acto de la palabra siempre viene a proyectarse a determinado nivel, en determinado estilo de la relación con el otro.

A partir de aquí, observen ustedes lo paradójica que es la posición del analista. Es en el momento en que la palabra del sujeto es más plena cuando yo, analista, podría intervenir. ¿Pero sobre qué intervendría?: sobre su discurso. Ahora bien, cuanto más íntimo le es al sujeto su discurso, más me centro yo sobre este discurso, más me siento llevado, yo también, a aferrarme al otro, es decir, a hacer lo que siempre se hace en ese famoso análisis de las resistencias, buscar el más allá del discurso, más allá, piénsenlo bien, que no se encuentra en ningún sitio; más allá que el sujeto debe realizar, pero que justamente no ha realizado y que está entonces constituido por mis propias proyecciones, en el nivel en que el sujeto lo realiza en ese momento.

La última vez, señalé los peligros de las interpretaciones o imputaciones intencionales que, verificadas o no, susceptibles o no de verificación, no son a decir verdad más verificables que cualquier otro sistema de proyecciones. Allí está la dificultad del análisis.

Cuando decimos que interpretamos las resistencias nos topamos con esta dificultad: ¿cómo operar en un nivel de menor densidad de relación de la palabra? ¿Cómo operar en esa inter psicología, del ego y del alter-ego, a la que nos reduce la degradación misma del proceso de la palabra? En otros términos ¿cuáles son las relaciones posibles entre esa intervención de la palabra que es la interpretación y el nivel del ego en tanto que siempre supone correlativamente al analizado y al analista? ¿Qué podemos hacer para aún manejar válidamente la palabra en la experiencia analítica, cuando su función se ha orientado en el sentido del otro hasta un punto tal que ha dejado de ser mediación, para ser sólo violencia implícita, reducción del otro a una función correlativa del yo del sujeto?

Se dan cuenta ustedes de la naturaleza oscilante de este problema. Nos conduce nuevamente a esta pregunta: ¿qué significa ese apoyo tomado en el otro? ¿Por qué el otro se vuelve cada vez realmente menos otro cuanto más asume exclusivamente esta función de apoyo?

En el análisis se trata de salir de este círculo vicioso. ¿Pero no estamos acaso aún más profundamente atrapados en él en tanto la historia de la técnica muestra que se ha puesto siempre y cada vez más el énfasis en el aspecto yoico de las resistencias? El mismo problema puede también formularse de otro modo: ¿Por qué el sujeto cuanto más se afirma como yo, más se aliena?

Volvemos así a la pregunta de la sesión anterior: ¿Quién es pues, aquel que busca reconocerse más allá del yo?